

LA GUERRA Y LA PAZ

EL armónico discurso de Pablo VI ante las Naciones Unidas ha entrado directamente en el tema esencial de nuestro tiempo: la paz, la necesidad de la paz. Al decir «nuestro tiempo» quiero explicar que las sociedades pensantes de nuestro tiempo —que muchas veces no son las sociedades dirigentes— han tomado por primera vez en la historia de la Humanidad conciencia de que la paz permanente no es solamente deseable sino también posible. Se trata de un pensamiento nuevo que sustituye a la idea pesimista, inmediatamente anterior, según la cual la guerra era un «mal inevitable», de la que proceden las ideas de que «la paz es un período entre dos guerras» y que «la guerra es la continuación de la política por otros medios». Para Barrot («Filosofía de la Historia»), «la guerra es el único sentimiento innato en el hombre»; para Darwin, la simple existencia en todas las escalas zoológicas es una lucha continua («the struggle for life») y esta frase del creador de la teoría del evolucionismo lanzó una larga escuela de filósofos y naturalistas que aplicaban el principio de lucha, de guerra, a toda investigación, y así se creyó encontrar que los átomos, los planetas, las estrellas, los organismos, las moléculas: lo animado y lo inanimado, mantenían una especie de guerra continua (G. Tardé: «La oposición universal»). «La ley de la lucha es universal», escribía Novikow; «La ley de la lucha es una ley fundamental de la Naturaleza», decía Bernardi; «La lucha por la existencia es una ley inherente a la Humanidad como a todos los seres vivos», según Ferri. La idea corrió por el mundo, según se ve, con entusiasmo, como si se hubiese descubierto una clave esencial de la existencia. No tardó en tener opositores de envergadura. Uno de ellos fue el revolucionario ruso Pedro Aleievich Kropotkin, quien, a pesar de haber pasado gran parte de su vida sumergido en la lucha revolucionaria —lo que le llevó primero a Siberia, luego a la cárcel en su país, más tarde a tres años de prisión en Francia—, creyó encontrar la clave en el sentido contrario: en el «apoyo mutuo», expresión con la que tituló uno de sus más famosos libros (publicado en 1902). Su idea es tal vez ingenua, y corresponde al espíritu de los primeros revolucionarios de la Internacional de Bakunin: que todo en la vida es solidaridad y apoyo mutuo. Más tarde, otro pensador ruso, Sorokin («Las teorías sociológicas contemporáneas»), estudiaba los fenómenos analizados por Darwin y sus seguidores y decía que «con la misma exactitud se podría llamar a esos mismos fenómenos defensa de la vida, o ayuda mutua por la existencia, o cooperación por la existencia». Esta forma de considerar al hombre no como un guerrero innato, sino como un cooperador, un mutualista, aparecía entonces como un simple idealismo. Las grandes catástrofes mundiales que iban a ocurrir después de la publicación del libro de Kropotkin parecían borrar definitivamente las posibilidades de su teoría.

Pero en nuestro tiempo, en el «hoy» que compartimos tres mil y pico de millones de seres humanos, se ha abierto paso la noción de la paz estable. Puede decirse que esta toma de conciencia procede, sin duda, de una presión máxima, que es la presión del terror. El terror atómico. El mundo está «enfermo de guerra», como dice Toynbee («Guerra y civilización»), vive en la aprensión de una guerra total y sin precedentes «y la sombra de este temor que limita en estos momentos nuestro porvenir nos hipnotiza e inflige a nuestros espíritus una parálisis que comienza a manifestarse hasta en las más triviales ocupaciones de nuestra vida de todos los días». Es posible comparar esta frase del filósofo de la historia británico con la pronunciada por Pablo VI ante las Naciones Unidas: «Las armas, sobre todo las terribles armas de la ciencia moderna, antes incluso de causar víctimas y ruinas, engendran ya malos sueños, alimentan malos sentimientos, crean pesadillas, desconfianzas, resoluciones sombrías. Exigen enormes gastos.

Paralizan los proyectos de solidaridad y de trabajo útil. Falscan la psicología de los pueblos».

No solamente, sin embargo, puede atribuirse el sentimiento de paz perpetua que enarbolan las sociedades intelectuales de nuestros días como bandera primordial, como objetivo principal, a una defensa instintiva contra el terror atómico. Se debe considerar este movimiento no como puramente instintivo y egoísta, sino también como consecuencia de la difusión de una serie de ideas concretas que, cada vez más, rechazan e invalidan los «motivos» de las guerras. Por ejemplo, las guerras de religión que destruyeron la Humanidad en los siglos XVI y XVII pueden difícilmente producirse ya en un mundo en el que debe comenzar a imperar la libertad religiosa; las guerras de nacionalidades que se han extendido desde el siglo XVIII hasta el mismo siglo XX van perdiendo su razón de ser. No importa que aún haya ejemplos de ese tipo de guerras —como, por ejemplo, el conflicto entre la India y el Pakistán, que presenta a la vez características de guerra de religión y de constitución de nacionalidad—: se trata de ideas en regresión que afectan solamente a las sociedades atrasadas y que se localizan con cierta facilidad. Ha quedado dicho más de una vez que en el mundo conviven todas las civilizaciones que conoce el hombre desde la prehistoria —las organizaciones tribales del Amazonas, de Australia o del centro de la jungla africana— hasta la punta máxima del progreso —las conquistas espaciales—: por lo tanto, cuando nos referimos a ideas imperantes, a tomas actuales de conciencia, tenemos forzosamente que entender que estamos hablando de las sociedades más evolucionadas, y admitir que en otras sociedades los antiguos temas de guerra sean aún temas actuales. Con una salvedad muy importante: que el índice de maduración de esas sociedades es ahora mucho más veloz, como consecuencia de la difusión de ideas por todos los medios, de las posibilidades de instrucción y, precisamente, de la noción de igualdad que da la pertenencia a las Naciones Unidas, idea que el Papa ha defendido muy justamente: «La igualdad forma parte de su constitución (de las Naciones Unidas); no es que seáis iguales, pero aquí os hacéis todos iguales». Esta justicia de expresión tiende a barrer la tendencia a la superioridad despectiva con que muchos consideraban ilógico que una nación diminuta, atrasada, sin potencia, pudiera tener un voto similar al de un gran país de muchos millones de habitantes, de elevada renta por cabeza y de impresionante arsenal atómico. Es el mismo error con que se ha querido combatir la forma electoral de la democracia, con una frase de brillante falsedad: «¿Vale lo mismo el voto de un albañil iletrado que el de un profesor de Universidad?». La frase lleva ya implícita una negativa, y, sin embargo, la negativa no es la justa solución puesto que el albañil iletrado tiene el mismo derecho a defender sus problemas que el profesor de Universidad.

Vuelvo atrás de esta aparente digresión —incluida muy fuertemente, sin embargo, en el tema de guerra y paz— para regresar a la idea de que un principal mérito de nuestro tiempo es el de rechazar por inválidos los «motivos» de guerra; con el de la guerra religiosa y el de las guerras de nacionalidades han desaparecido también las guerras coloniales, lanzadas muchas veces con el pretexto de «llevar la civilización» a quienes no la tenían; está desapareciendo el concepto de «raza». Y poco a poco se va rechazando también lo que hasta ahora se consideraba como un gran motivo subyacente de todas las guerras: la llamada «relajación demográfica». Esta teoría aparece descrita en dos libros recientes del profesor Gaston Bouthoul («El fenómeno-guerra», «La guerra») y consiste en considerar, mediante un análisis sociológico-histórico, que los grandes conflictos de la Humanidad se han producido a continuación de períodos de gran expansión demográfica:



Por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**

«La guerra»,
por Picasso.

de ahí a considerar que aquellos conflictos son consecuencia de esta expansión no hay más que un paso. Esta teoría sería suficiente para explicar el espíritu belicoso que se atribuye a China, con sus setecientos millones de habitantes, y admitir que los frecuentes conflictos entre países subdesarrollados son reflejo de la abundancia de su natalidad y del aumento demográfico introducido por las nuevas condiciones higiénicas y médicas. Así lo hace Jacques Garai en su reciente artículo en «Candida» «Cuarenta años de guerra en 20 años». Bouthoul llama a esa aparente solución del problema demográfico «infanticidio retardado» y la considera como una «salida al revés», en tanto que las guerras demográficas —si es que realmente existen, y no estoy muy conforme— realizan en los países una selección inversa, puesto que las víctimas son precisamente los sectores activos y jóvenes de la población. Si he dicho en un inciso que no estoy muy conforme con esta tesis de la «relajación demográfica» es porque creo que se puede observar, por el contrario, que casi hasta nuestros días han sido los Estados, las clases dirigentes de los Estados belicistas —o simplemente amenazados de guerra por los otros— los que han producido una demografía artificial —por medio de estímulos a la natalidad— con objeto de tener sus ejércitos bien nutridos. Nunca he podido comprender bien la paradoja de que precisamente las mismas personas que consideran como inmoral la limitación artificial de nacimientos, aun como medio de evitar el hambre, consideran como moral el estímulo de nacimientos, mediante primas, impuestos sobre la soltería, etc. Quiero decir que puedo entender muy fácilmente esta idea situada en un plano político, social donde no es contradictoria; pero me es difícil situarla en el terreno de la moral, donde la encuentro de términos opuestos.

El estudio de los problemas democráticos está planteado ahora en todos los terrenos, desde el religioso —el Concilio Vaticano— hasta los científicos y sociológicos. Cuando la Humanidad estudia con pasión un problema que la agobia, encuentra siempre una solución. No tengo ahora por qué profetizar cuál pueda ser esa solución; pero sí quiero expresar mi seguridad de que en el futuro las sociedades no podrán mostrar el pretexto del «relajamiento democrático» para desencadenar una guerra.

Y el hambre? ¿Y las guerras del hambre? En el discurso de Pablo VI está la idea de que hay que luchar contra el hambre del mundo: «es así, y no de otra forma, como se construye la paz del mundo». Si hay tres mil millones de habitantes en el mundo, dos mil millones no comen lo suficiente. ¿Tienen derecho a desencadenar guerras para comer, para saciar su hambre? Hemos ido viendo que los antiguos conceptos de «guerra justa» fueron desapareciendo poco a poco de la conciencia de la Humanidad. ¿Puede haber una última noción de guerra justa en la que se hace el hambriento que quiere participar en lo que Pablo VI ha llamado «la mesa de la Humanidad», «el banquete de la vida»?

Para examinar esta noción —que entra sin duda en lo que se llaman «guerras revolucionarias»— hay que partir de una idea básica: *el hambre es una guerra*. Se trata de una guerra que se desarrolla todos los días ante nuestros ojos, que despliega sus perfiles graves en las páginas de los periódicos, en las pantallas del cine. No podemos ignorar que se trata de una guerra y no de una situación normal. El hambre causa todos los días millares de muertos y heridos —enfermos—; y más aún, probablemente, que los que pueda causar una guerra. Es otra característica de nuestro tiempo considerar que el hambre es injusta. Puede parecer extraño, pero no lo ha sido así siempre. Y aún hay en nuestros tiempos individuos, clases, partidos y naciones que consideran que la actual distribución de la riqueza es un hecho natural, que la justicia distributiva está perfectamente establecida. En otros tiempos, esta noción alcanzaba también al hambriento, que

estimaba, según la religión que practicase, el orden de ideas imperante en su zona geográfica, que su situación de inferioridad estaba referida a una prueba divina, a su pertenencia a una raza, a una clase social; o simplemente a su poca capacidad física o mental para desenvolverse en el mundo circundante. El problema agudo de nuestro tiempo es que el hambriento ha tomado plena conciencia de la injusticia de su posición y no acepta ya la superioridad de clases o de minorías, mientras que estas clases y minorías no han tomado plenamente conciencia, ellas, de la injusticia de su posición. Unos nuevos grupos políticos, intelectuales, religiosos, trabajan en nuestro tiempo por eliminar ese conflicto latente, en el que están implicados todos los demás. Pero no debemos olvidar que los hambrientos están en pie de guerra, porque son víctimas diarias de una guerra. Es aquí donde hace falta una «conversión, una transformación personal, una renovación interior. Debemos habituarnos a pensar de una manera nueva el hombre, de una manera nueva también la vida en común de los hombres, de una manera nueva, finalmente, los caminos de la Historia y los destinos del mundo» (Pablo VI a las Naciones Unidas).

PUEDE haber un exceso de optimismo en estas impresiones acerca de cómo los grupos pensantes de nuestro tiempo enfocan las posibilidades de paz permanente, sobre todo, si se comparan a la realidad de hoy: se dispara en la frontera del Pakistán y de la India, se desembarcan cada vez más «marines» en el Vietnam, cuyo Norte inerte recibe cada día las visitas de los superbombarderos de Estados Unidos; se dispara en el Sudán, en el Congo; hay luchas armadas en Indonesia, en Malaysia, en el Yemen —donde el alto el fuego no ha sido completamente efectivo—: se mantiene el dedo sobre el gatillo en Santo Domingo, en Chipre. La enorme guerra de Asia, con todas sus repercusiones posibles, puede comenzar en cualquier momento. La conferencia de desarme se separa sin resultados prácticos; en la de la O. T. A. N. se estudian nuevos medios de destrucción masiva. No hay ni siquiera un desarme moral: las sociedades opuestas se bombardean diariamente con las peores palabras, y cada una de ellas silencia los méritos de su adversario para resaltar sus pobreza, sus errores, sus defectos. El aspecto de la superficie del mundo es pesimista. Cuando se examinan de cerca los mismos problemas de la ONU, al día siguiente de la visita de Pablo VI se puede dudar de si ese organismo es realmente capaz de actuar con eficacia en las palancas jurídicas y políticas para alcanzar y preservar la paz del mundo. ¿Aceptarán los Estados Unidos el ingreso de China para que figuren «en el pacto de fraternidad, con honor y lealtad, los pueblos que aún no lo comparten»? ¿Podrán detenerse los combates en curso? ¿Podrán las naciones pequeñas, a pesar de su igualdad de derecho y de voto, impedir el peso de las potencias poderosas?

No creo que sea de esta forma, ateniéndose a esta pura superficie del mundo de hoy, como se pueda examinar honestamente el problema de la paz y la guerra, sino aceptando, asumiendo, las corrientes del mundo moderno, como las ha aceptado y asumido el Papa en su discurso; corrientes que son de profundidad —el verdadero camino de la Historia y la civilización no es la anécdota, sino la corriente profunda— y de las que no debemos esperar unos frutos demasiado inmediatos, pero cuyo plazo tampoco se debe alargar excesivamente. Es muy probable que a estas corrientes de génesis popular y de expresión intelectual se deba que el confrontamiento global entre las dos formas más poderosas de vida que ejercen el dominio del mundo no se haya resuelto en guerra, a pesar de veinte años de amenaza, sino que, por el contrario, se vayan produciendo modificaciones necesarias de concepto que las aproximan en lugar de separarlas.